

VIS A VIS.
Amenábar y Kidman con-
versan en el decorado. Hay
diferencias de opinión.

Los secretos de 'Los otros'

La película más taquillera e internacional del cine español –ha recaudado 190 millones de euros– es un experimento extraordinario. Por primera vez han colaborado de tú a tú dos cinematografías tan diferentes como la de Hollywood y la de España. Ésta es la trastienda de la cinta que aspira el próximo sábado a 15 premios Goya.

Por **Alex Martínez Roig**. Fotografía de **Teresa Isasi**.

‘Los otros’, una película pequeña que nació con moderada ambición para el mercado europeo, ha acabado convirtiéndose en el mayor éxito comercial de la industria española y ha recibido críticas elogiosas en todo el mundo. El guión original de Alejandro Amenábar consiguió seducir a algunos de los personajes más poderosos de Hollywood. Nunca antes un director y unos productores españoles –Fernando Bovaira, director general de Sogecine, y José Luis Cuerda, el descubridor de Amenábar– habían conducido un proyecto tan ambicioso. Ahora llegan las recompensas.

El próximo sábado, *Los otros* competirá por 15 premios en la fiesta anual del cine español, los Premios Goya. Es la gran favorita. Amenábar aspira a tres premios: mejor director, mejor guión y

mejor música. Nicole Kidman, que está entre las candidatas al Goya a la mejor actriz, también ha sido nominada a mejor actriz dramática en los Premios Globo, la antesala de los Oscar.

La experiencia marca un salto adelante extraordinario en la industria cinematográfica española. Un salto de madurez que abre nuevas perspectivas, muy optimistas, para un cine que había vivido encerrado en sí mismo. Ha sido, probablemente, el primer producto cultural global que se ha creado y dirigido desde España con una colaboración muy intensa con la poderosa industria de Hollywood. Pero no ha sido fácil. Ésta es una reconstrucción de algunos de los momentos claves, hasta ahora desconocidos, de una apuesta que ha tenido momentos difíciles y un final exitoso.

NUEVA YORK / RESTAURANTE DE TRIBECA / INTERIOR-DÍA / INVIERNO DE 1999

Alejandro Amenábar, el director, y Fernando Bovaira, uno de los productores españoles, acaban de llegar en un Concorde desde París. Una limusina les ha trasladado desde el aeropuerto hasta Manhattan. Tratamiento real (*royal treatment*, en lenguaje de Hollywood). Sentados en una discreta mesa de un restaurante de moda, en el barrio de Tribeca, Alejandro y Fernando repasan mentalmente la lista de sus acompañantes. Están Harvey y Bob Weinstein, dos de los tipos más poderosos de Hollywood. Y ser poderoso en Hollywood no es una broma. Dueños de Miramax (100% de Disney), una de las productoras más rentables del mercado, los Weinstein toman decisiones sobre decenas de millones de dólares sin pestañear. Alejandro y Fernando les miran y ven a dos tipos anchos, relajados, sin corbata, capaces (Harvey) de fumar un pitillo y de picotear al mismo tiempo un trozo de *sushi*. Impresionan por su leyenda. Dicen que Harvey viajó hace años a Cannes con un talón de un millón de dólares en el bolsillo para comprar los derechos de la australiana *El piano*, una de las películas extranjeras más rentables en Estados Unidos. Multimillonarios con las series *Scream* y *Scary movie*,

y también con *Pulp fiction* y muchas otras películas, los hermanos Weinstein mueven alrededor de un billón de dólares anuales. Están en el negocio para ganar dinero. Y no quieren perder el tiempo.

Pero los Weinstein no son las estrellas de la comida. Tampoco lo es Amenábar. No todos los días se come con Tom Cruise. Simpático, hablador, ocurrente, Cruise, con camiseta blanca y vaqueros, es el conductor de la conversación. Es uno de los grandes actores de Hollywood. Pero esa descripción ya se ha quedado corta. Capaz de trabajar 18 horas diarias en un proyecto, es una de las personas más poderosas de Estados Unidos.

Fernando Bovaira, director general de Sogecine desde 1996, no tiene problemas para seguir la conversación. Ha trabajado varios años en Estados Unidos y conoce la jerga del mundo cinematográfico. Pero para Alejandro es más difícil. Su inglés es más rudimentario y apenas lo mejoró con una estancia de varios meses en Londres. “Me inscribieron en una escuela de arte dramático en Chelsea. Pero, claro, interpretaban a Shakespeare y me costaba mucho seguirlos. Yo explicaba a los otros alumnos que era director, que iba a dirigir una película con actores americanos e ingleses. Eran muy amables y ponían cara de interés. Pero no estoy seguro de que me creyesen”. Alejandro descubrió finalmente

un método mejor para aprender inglés. Salía por la noche con amigos españoles y por la mañana se quedaba en casa y veía los programas para amas de casa con subtítulos para sordomudos.

La comida en el restaurante de Tribeca era clave para *Los otros*. Y podía convertir la película en algo excepcional en la historia del cine español. “Sin Miramax, habríamos hecho una película pequeña, europea”, explica Bovaira. “Con ellos, multiplicábamos la ambición del proyecto. Pero éramos muy conscientes de que estábamos sentados junto a la aristocracia de Hollywood. Era extraordinario que quisiesen implicarse en un proyecto común con la cinematografía española, que desconocían casi por completo. Era como un choque de civilizaciones. Les interesaba por el respeto que sentían hacia Amenábar, y porque la película era un vehículo impresionante para la actriz que la protagonizase”.

Miramax y Tom Cruise habían decidido muy pronto apostar por el guión de Amenábar. Les llegó, como a otras cinco productoras americanas, en enero de 1999. Fue una apuesta de los productores españoles, con ciertas reticencias de José Luis Cuerda, el descubridor y también coproductor de todas las películas de Amenábar. “Es como enviar al Rayo Vallecano a jugar la Liga de Fútbol Americano”, decía. Pero Cuerda es un productor y director va- >

“Era como un choque de civilizaciones”, dice Bovaira, uno de los productores españoles

PERFECCIONISTA Y GAMBERRO. El detallista Amenábar (izquierda, bocetos del ‘story board’) se retrató como uno de los ‘muertos’ (derecha, arriba) con sus compañeros de piso. Abajo, una difunta real.



► liente. Descubrió a Amenábar en un cor-tometraje que le trajo un día la hija de un amigo. Y desde entonces ha estado a su lado. Ha sido su padre en el cine.

Dos días después de recibir el guión, un ejecutivo de Miramax aterrízaba en Madrid con la orden de comprar los derechos de distribución para los países de habla inglesa. Llegó un domingo y se pasó dos días ante el despacho de Bovaira para impedir que se abrieran otras negociaciones. Con 35.000 pantallas de cine y 250 millones de habitantes, quien tiene los derechos para EE UU es quien tiene el poder en una producción. Miramax ya apostó, y acertó, con otras películas europeas: *La vida es bella*, de Roberto Benigni; *El piano*, de Jane Campion; *Shakespeare in love*; *El paciente inglés*, todas ganadoras de Oscar. Agresivos, listos, los ejecutivos de Miramax decidieron que *Los otros* olía a éxito, a dinero.

A Tom Cruise el guión le llegó por otros canales. Era un gesto “de gentileza”. La proyección de *Abre los ojos* en el festival de Sundance en 1998 abrió las puertas del mercado americano para Amenábar. Le llegaron recados de Spielberg y de Disney. Pero quien puso más pasión fue Tom Cruise. Compró los derechos y decidió producir una nueva versión, *Vanilla sky*, con el propio Cruise, Penélope Cruz y Cameron Diaz como intérpretes, dirigidos por otro grande, Cameron Crowe. Cuando leyó *Los otros*, Tom tampoco tuvo dudas. Decidió apostar y se convirtió en productor ejecutivo. Y le pasó el guión a su mujer, Nicole Kidman, para que disfrutase con su lectura.

Nicole. Ésa era la razón final del viaje en Concorde. De la comida. De la reunión. Alejandro y Fernando habían viajado para verla actuar esa noche en *Blue room*, la obra de teatro con la que ya había triunfado en Londres. Una pieza atrevida y brillante. Como la carrera de la actriz australiana. De hecho, ya les habían adelantado que a Nicole le había gustado mucho el guión de *Los otros* y que iba a pasarse por el restaurante para saludarles. Era una primera señal. Importante, porque los

productores españoles consiguieron reservar para Amenábar el corte final (la aprobación del montaje definitivo), pero Miramax impuso el derecho de aprobación de la actriz principal. Amenábar quería a la inglesa Emily Watson. La veía perfecta para el papel de Grace. Pero otras poderosas fuerzas ampliaban la lista a Julianne Moore, Jodie Foster, Juliette Binoche... y Nicole Kidman.

Volvamos al restaurante. La comida avanza en buena sintonía. Tom explica que la afonía de Nicole es muy ligera, pero que es preferible no arriesgar y que por eso había suspendido su actuación. De repente, ya en los postres, vestida con un sencillo jersey de cuello alto rosa pálido y unos vaqueros, camina hacia ellos Nicole, muy pálida, con el pelo recogido en la nuca y una sonrisa majestuosa desde su más de 1,80 de altura.

Y afónica. Completamente afónica. La sobremesa continúa. Alejandro y Nicole comienzan un crucial diálogo. Como ella no puede hablar, escribe en papeles. Todo muy amable. “Me ha gustado mucho tu guión”, escribe la Kidman. Y Amenábar responde cortésmente. “El papel de la madre es magnífico, por el amor que desprende hacia sus hijos, hiciera lo que hiciera antes”, añade la actriz. Amenábar lee las notas y muestra su satisfacción. Y Nicole decide ser más directa: “Me gustaría mucho hacer la película”.

“Well, well, for the moment you are in consideration”, dice Amenábar en inglés con su especial acento (“Bueno, bueno, de momento se te está considerando”). Y el silencio se adueña de la mesa. Un gesto de incredulidad acompaña a los rostros de Tom, Nicole y los hermanos Weinstein. No pueden creer que ese joven director español esté rechazando una oferta tan explícita, tan directa, de una de las actrices más grandes del cine actual.

Amenábar no se inmuta. Mira a su cómplice, Fernando Bovaira, y pregunta: “¡Ah!, se dice *under consideration*, ¿no?”.

Un par de chistes relajan el ambiente,

y director y actriz siguen con su peculiar charla. Es una conversación intrascendente, pero la piel, la mirada, los gestos de Nicole Kidman seducen totalmente a Amenábar. “He visto en sus ojos al personaje de Grace”, le dice a Fernando Bovaira en el avión de regreso a Madrid.

La sangre fría de Amenábar, su seguridad en defender el rodaje en España y con un equipo español, en hacer una película española adecuándose a los estándares americanos, salen reforzados de esa comida. Es la única forma de mantener el control final sobre el proyecto. Y Amenábar, español, novato en Hollywood, chapurreando un inglés limitado, ha resistido la prueba jugando en campo contrario ante varios de los tipos más poderosos de la industria mundial. Curiosamente, Tom Cruise había sido el mejor aliado: “No te precipites. No tienes que contestar a todo ahora mismo. Es tu película”, les dice a los enviados españoles mientras les facilita un número de móvil de más de 20 cifras.

MALASAÑA / CASA DE AMENÁBAR / INTERIOR-DÍA / PRIMAVERA DE 2000

Alejandro Amenábar acaba de despertarse en su piso del barrio madrileño de Malasaña. Otro día más en la corta primavera madrileña. El equipo técnico de *Los otros* ya está contratado. Un equipo de primera división. Nada que envidiar a los americanos. Benjamín Fernández, director artístico, debutó como ayudante en *Doctor Zhivago* y acababa de trabajar con Ridley Scott en *Gladiator*: Javier Aguirresarobe, director de fotografía, y Sonia Grande, directora de vestuario, son las mejores opciones para esos puestos. Todo está listo: los decorados, el vestuario. Incluso la casa, que tanto había costado y que obligó a ver cientos de fotos de mansiones inglesas, había aparecido casi de milagro. Eduardo Chaperó-Jackson, ayudante de producción, la encontró en una foto minúscula de una pequeña guía de Cantabria. Era el Palacio de Hornillos,

construido por un arquitecto inglés contratado por los duques de Santo Mauro.

Amenábar repasa mentalmente el guión. Como había hecho antes miles de veces. Cada día realiza pequeños cambios, “caprichos”, para entretenerse. Poco queda por hacer. Incluso ya ha finalizado el *casting* inglés. Quería niños que no hubieran trabajado antes y costó mucho encontrar lo que buscaba. También está resuelto el reparto adulto. Tendrá a Fionnula Flanagan como ama de llaves, pese a lo duro que ha sido convencer a los productores americanos. Ellos querían *americanizar* el reparto. Sobre la mesa llegaron a aparecer nombres como Kathy Bates o Judi Dench. Incluso se llegó a nombrar a Johnny Depp para el marido que regresa de la guerra, o a Gregory Peck como jardinero. El ambiente benevolente de los primeros encuentros se había diluido. Ahora se trabaja en firme, y en la última fase del proyecto, la presión americana, en reuniones de horas en pequeñas salas de trabajo intimidatorias, es fuerte, muy fuerte.

Los argumentos se presentan de forma agresiva. Pero Amenábar ha resistido. Tiene claro lo que quiere. Quiere a Nicole. Le gusta para el papel. Y defiende que el resto del reparto sea de actores ingleses poco conocidos para el gran público. No quiere que la película se le escape de las manos.

Como cada mañana, Amenábar acaricia a su desagradecido gato (“Pancho, lo salvé de la calle y nunca me ha demostrado mucho cariño”), y se dirige al cuarto de baño del pequeño piso que comparte con dos amigos desde su época de estudiante. Abre la ducha diciendo en voz alta: “This is going to be a great movie” (Ésta va a ser una gran película). Se lo había dicho Tom Cruise, y Amenábar lo repite en voz alta como tratamiento terapéutico.

Todo está preparado. Pero falta Nicole. Y todo se está retrasando.

Suena el teléfono, y Amenábar lo descuelga temiendo escuchar la peor frase. “Ven un momento a la oficina”, le dice Fernando Bovaira. Coge su mochila y,

mientras camina hacia la Gran Vía, Amenábar se repite a sí mismo: “Se va a retrasar. Se va a retrasar otra vez”.

El rodaje de *Los otros* está pendiente de otro rodaje. Nicole Kidman sigue filmando *Moulin Rouge*. Los planes eran comenzar en octubre de 1999 y acabar en febrero de 2000. A las dos semanas de rodaje, Nicole se fracturó una costilla por culpa de un corsé excesivamente apretado. Retraso. Volvió al rodaje unas semanas más tarde. Pero en la fase final, en abril, se fracturó seriamente la rodilla. Retraso. “We have a problem” (Tenemos un problema), comenzaba Paula Wagner, mano derecha y socia de Tom Cruise, cuando llamaba a los productores españoles con el último contratiempo.

Los rumores se están disparando entre la prensa española. “Nicole no va a venir”, se dice en algún programa de cotilleo. “No confían en un proyecto tan español”, se comenta. Amenábar llega a la oficina, se sienta ante Bovaira y escucha lo que no quería oír: “Parece que la lesión de rodilla es más preocupante de lo que decían. Hay que retrasarlo todo”. “Reaccioné como cualquier director”, dice Amenábar, “y me puse a llorar”. Los productores españoles lo envían de vacaciones a Tarifa para que se olvide de todo.

PLATÓ / EN LA SALA ANTE LA CHIMENEA / INTERIOR-DÍA / JULIO DE 2000

Nicole Kidman y Alejandro Amenábar están sentados frente a frente en el decorado de la película. Solos. José Luis Cuerda les observa desde lejos: “Estaba convencido de que esa charla era a vida o muerte. Teníamos película o no. Tenía que ser apetecible para Nicole, y Alejandro no tenía que renunciar a su proyecto”. Nicole, que ya había aceptado trabajar por una cantidad muy inferior a su sueldo habitual, había llegado a Madrid, por fin, el 15 de julio. Cojeaba mucho. En la primera sesión de ensayos, en la oficina de la productora, iba descalza para mitigar los dolores. Había descansado

en su casa de Los Ángeles durante un mes. Tiempo suficiente para buscar información y sugerir ideas. Le entregó a Amenábar un enorme paquete con documentación y libros sobre la isla de Jersey: su ocupación nazi, comidas, habitantes, clima...

Hasta ese momento, y desde la comida en Tribeca, los dos pilares artísticos de la película, director y protagonista, sólo se habían visto una vez más: en el Festival de Venecia de 1999. “Nos vimos en su hotel. Yo le enseñé el peinado en el que estaba pensando, con un corte de pelo que dejaba la nuca al aire. Ella me dijo que prefería una peluca y el pelo un poco más largo. De la película no hablamos más. Conversamos sobre mi gato. Estuvo muy risueña y afable”. En Venecia hubo otra pequeña crisis. Allí se enteraron de que acababa de estrenarse una película en la que el protagonista, Bruce Willis, es un fantasma y que se sabe al final: *El sexto sentido*. Pero se tranquilizaron al saber que se había estrenado en pocas salas. “No hay que preocuparse”, fue el mensaje de los productores. “Pero la verdad es que nos preocupamos, y mucho”, cuenta Bovaira. Cuando volvió a Madrid, vio *El sexto sentido* solo, en un pase privado. Le dijo a Amenábar que no había problema, que la película era muy diferente. Fue benévolo. Se había quedado muy preocupado por las similitudes, pero el proyecto estaba en marcha y no quería meter más presión sobre los hombros de Amenábar.

La llegada a Madrid de las estrellas americanas no había sido fácil. Tom Cruise, por ejemplo, se encontró con decenas de periodistas en el aeropuerto, cuando había pedido discreción. Bajó de su avión privado con cara de sorpresa. Hasta que alguien le explicó que todos aquellos periodistas no le esperaban a él, sino a un tipo que se llamaba Figo y que acababa de aterrizar en otro avión privado para dejar al FC Barcelona y fichar por el Real Madrid.

Con Nicole también hubo problemas. La familia había alquilado una casa en la lujosa colonia de Puerta de Hierro para estar con sus hijos en un ambiente tranquilo. ►



TRAS LA CÁMARA. El equipo español (arriba, Amenábar con José Luis Cuerda, con barba, y a la derecha, con Fernando Bovaira, productores de la película) trabajaba en un silencio poco habitual en los rodajes locales.



Alakina Mann, la niña protagonista, decidió hacerse vegetariana justo antes de empezar a rodar

APUESTA. Amenábar defendió a muerte su elección de James Bentley y de Alakina Mann como los atormentados niños de Grace. Quería actores ingleses desconocidos. A la izquierda, ambos en el ‘casting’.

► Y el primer día tuvieron poca tranquilidad. Decenas de fotógrafos les persiguieron por todo Madrid hasta la puerta de su casa. Reunión de crisis. Abogados, productores, agentes, especialistas en seguridad, se reunieron urgentemente para ver cómo evitar esa persecución. Unos, más sensatos, propusieron instalar una barrera frente a la casa. Otros, los más lanzados, propusieron un método *hollywoodiense*: comprar la calle para cerrarla por completo. La situación se calmó por sí sola días después.

En el plató, frente a la chimenea, Nicole y Alejandro siguen su charla. José Luis Cuerda no puede estar quieto. Sabe que tiene razón. Que la reunión es clave para el éxito de la película. En el guión original, Grace, la madre, llega a ejercer violencia física sobre sus hijos en una escena. Y eso no le gusta a Nicole. Piensa que no es esencial para la película. “Yo creo que no quería que su imagen saliese perjudicada”, explica Cuerda. Amenábar no está dispuesto a renunciar al lado oscuro del personaje. Pero se define como “un director práctico que sabe lo que es esencial y lo que no lo es. No te puedes ahogar en lo prescindible”. “Era una negociación que venía de lejos”, matiza Bovaira. “Creo que todo era cuestión de matices idiomáticos”.

“Yo le dije”, cuenta Amenábar, “que tenía miedo a que fuera a evitar el lado oscuro de Grace. Ella me respondió que no tenía que preocuparme, pero que se sentía muy frustrada por la lesión de rodilla y que no sabía si iba a poder darlo todo en el personaje. La sentí más frágil, cansada, quizá exhausta por *Moulin Rouge*. Pero llegamos a un punto de encuentro. Yo reescribiría su monólogo y prescindiríamos de la escena que más la preocupaba”.

Cuando termina la charla, Amenábar entra en el despacho de producción y dice: “Ya está. No va a haber ningún problema”. Se abraza a Cuerda y los dos se ponen a llorar mientras Bovaira les observa atónito con un teléfono en la mano. Están liberando la tensión de meses.

HORNILLOS (SANTANDER) / EXTERIOR-DÍA / OTOÑO DE 2000

Amenábar pasea por los alrededores del Palacio de Hornillos relajado, muy relajado. El rodaje se ha detenido unas semanas por un agravamiento en la lesión de Nicole, y ha aprovechado para montar en Madrid 80 minutos de película. Los interiores, toda la primera parte del plan de trabajo, se han rodado en unos estudios de Los Álamos, en las afueras de Madrid, con pocos contratiempos. Ahora sólo quedan los exteriores que se van a rodar en Santander. El equipo español ha funcionado a la perfección. Los Cruise-Kidman asistieron a las tres primeras sesiones de proyección del material rodado, en una pequeña sala, pero luego dejaron de ir. Veían el material en su casa. Si Cruise tenía que hacer alguna objeción, llamaba a medianoche a Bovaira y le apuntaba su opinión.

Tom Cruise, un perfeccionista, sólo había *apretado* en dos decisiones. Amenábar quería rodar en sistema *scope*, porque añadía una atmósfera de película clásica de terror. Alarga las formas del fondo, las convierte en más fantasmales. Pero da problemas de foco. Cruise lo acababa de sufrir en *Misión Imposible 2*. “Te arrepentirás, pero es tu película”, le dijo. El equipo español hizo una prueba justo antes de iniciar el rodaje. Todo salió fatal. Se descartó el *scope*. “Fue la decisión más sabia que tomé”, dice Amenábar.

“No te preocupes”, le dijo Tom Cruise, “a mí me pasó en *Jerry Maguire*. No es un drama”. Amenábar le escuchaba con paciencia. Los productores americanos querían cambiar a Alakina Mann, la niña, la hija de Grace, porque no les convencía su trabajo. Y llevaban dos semanas de rodaje. “La niña decidió hacerse vegetariana justo cuando comenzó a rodar. Se quedó sin fuerzas”, explica Cuerda. Amenábar, tranquilo, se comprometió a conseguir al menos una buena toma en cada una de las escenas. Cruise aceptó: “Es tu película”. “Conozco a Alejandro desde hace muchos

años”, cuenta Cuerda, “pero me maravilló ver hasta qué punto tenía los nervios templados. Yo me habría pasado el rodaje debajo de la cama. ¿Te imaginas lo que es discutir con alguien como Tom Cruise sobre qué lente es la más adecuada?”.

Cuerda, expansivo, locuaz, se pasó el rodaje diciendo, en su limitadísimo inglés, “magnificent!, lovely!, terrific!”, cada vez que algún anglosajón se acercaba a él. Fue el que peor llevó la relación con la parte americana del proyecto. “La gente de Hollywood se empeña en establecer relaciones de poder. Tienen poder y lo usan. Y yo eso lo llevo fatal. Cuando quieren algo, hay que hacerlo, porque si no, hay crisis. Eso te instala en la inseguridad. Acabas desarrollando los mismos mecanismos y, claro, como ellos lo hacen orgánicamente, porque funcionan así, te ganan siempre. Me tenía que morder la lengua o agarrar los cojones. Y entonces me encerraba en la oficina”.

“Cojea para jodernos”, dice que llegó a pensar de Nicole. Pero Cuerda reconoce que fue injusto. “Te pones en su lugar, una gran estrella en pleno éxito, y ves que somos un equipo español al que no conoce ni ella ni nadie en su país; que no le damos garantías. Y ves su interpretación, su entrega. Alejandro decía ‘motor’ y ella lloraba las veces que fuese necesario. Se dio al 100% sin saber quiénes éramos. Es una actriz como la copa de un pino. Y te tienes que quitar el sombrero ante ella”.

“Yo vi a Nicole muy metida en el personaje, las 24 horas del día, incluso antes de empezar a rodar”, dice Bovaira. “Nunca dudé de que iba a hacer la película. Cada año le llegan cientos de guiones, los mejores, y si había decidido hacer esta película es porque confiaba en Amenábar”.

El otoño en Santander es perfecto para la niebla, piensa Amenábar en su paseo por Hornillos. Al final, los retrasos están ayudando a la película. Las últimas escenas van a ser fáciles de rodar. “Nicole es una mujer compleja, inteligente y frágil. Nunca tuve dudas de que iba a hacer la película. Su entrega fue extraordinaria”. ►



Cuerda y Amenábar se abrazaron llorando cuando Nicole superó sus dudas sobre el personaje

MISTERIOS. Tras semanas de búsqueda se encontró la casa para la película en una guía de Cantabria. El Palacio de Hornillos (izquierda) era perfecto. Como Nicole Kidman (derecha) para el papel de Grace.

► **GRAN VÍA DE MADRID /
EXTERIOR-NOCHE /
6 DE SEPTIEMBRE DE 2001**

Director y estrella viajan en una limusina hacia el cine Palacio de la Música, en el que se va a estrenar la película en España. Están tranquilos y muy satisfechos. La película se ha convertido en la sensación de la temporada en Estados Unidos. Amenábar ya lo intuía cuando una noche, apenas estrenada la película en Estados Unidos, recibió una llamada de Pedro Almodóvar, el último español ganador de un Oscar, felicitándole por lo bien que iba la recaudación. Almodóvar lo había averiguado navegando por Internet. La película llegó a estar la número 2 en recaudación y nueve semanas en el Top 10.

El divorcio Cruise-Kidman se había cruzado en el camino, pero la película había nacido con buena estrella y había superado todos los contratiempos. En el Festival de Venecia, todos les habían felicitado. La película tenía garantizado el éxito en todo el mundo. Nunca una película española había conseguido una penetración tan extraordinaria en el mercado mundial. Ellos no lo sabían, pero cinco días después, el 11 de septiembre, el mundo dejaría de preocuparse por el cine una buena temporada. Si la película se hubiese estrenado entonces en Estados Unidos, su carrera habría sido nefasta. Pero lo hizo justo a tiempo. Es más, vivió una segunda subida de recaudaciones en las semanas siguientes al atentado de Nueva York, algo nunca visto en el mercado americano. ¿Será porque ofrecía adrenalina sin sangre?

En la limusina, Amenábar repasa los meses finales del proyecto más difícil de su corta vida como director. Atrás han quedado los viajes de ida y vuelta a Estados Unidos, con los cinco montajes que llegó a realizar para satisfacer a los productores americanos. “Estaban obsesionados por el ritmo de la película. Me hicieron propuestas obvias y razo-

nables, que yo acepté. Y otras que no, y que no seguí. El 50% me parecían razonables”. Con Tom Cruise tuvo varias reuniones. Tanto él como Bovaira se dieron cuenta de que el actor americano se sabía de memoria la película. “¡Ah!, has elegido la toma 7. Yo también la considero la mejor”, les decía mientras les enseñaba un cuaderno de notas. A veces, las discusiones con Cruise eran complejas, pero siempre acababan con una frase: “OK. This is your movie” (De acuerdo. Ésta es tu película).

El final de la historia, la interpretación abierta para los espectadores, fue salvado precisamente por el público. En una proyección-test, el informe de las votaciones del público-cobaya apuntaba que el final era lo mejor de la película. La tesis de Amenábar, dejar que sean los espectadores los que interpreten las cosas, había funcionado. La música, elaborada en su piso de Malasaña, también había recibido una nota alta. A partir de ahí, todo fueron buenas noticias.

Amenábar y Kidman bajan de la limusina y avanzan hasta la abarrotada sala de proyección. Nicole reparte sonrisas a todos los que se acercan a ella. Son varios cientos de fans, sin entrada, que sólo han acudido a verla. Nicole está encantadora, seductora, glamurosa, como sólo saben las estrellas de Hollywood. Amenábar tiene que esperarla en varias ocasiones. En el estreno de Nueva York ya aprendió su papel: “Fue el momento más embarazoso para mí”, cuenta el director, “porque nunca me había enfrentado a tantos periodistas... y del brazo de una mujer tan alta”.

**MADRID /
RESTAURANTE JUNTO AL RETIRO /
INTERIOR-DÍA /
OTOÑO DE 2001**

Fernando Bovaira y José Luis Cuerda ya están más relajados. El proyecto ha recibido buenas críticas en todo el mundo. Ha sido la consagración de Ale-

jandro Amenábar como un director universal. Y también se ha convertido en el mayor éxito económico en la historia del cine español. Pero ¿qué piensan ahora los hombres que han estado en el proyecto desde el principio? ¿Por qué creen que ha triunfado de forma tan espectacular?

“Yo creo que es una historia que da dolor y placer”, dice Cuerda. “Es una película inteligente, que te sientes bien recomendando. No abundan en los últimos tiempos. Y no tiene sangre. Sólo se derramó una gota. Cayó de un dedo de Nicole. Se arañó con algo y, mientras todo el equipo la aplaudía porque era su última escena, yo busqué la huella de sangre en el suelo y la fotografié como recuerdo”.

“Yo creo que la clave es que el guión es muy bueno”, dice Bovaira. “Y en el proceso no se ha desvirtuado. Si a eso sumamos el trabajo de Nicole, que el género y la historia son internacionales, que el trabajo de distribución de Miramax ha sido fantástico, se entiende que una película así, que conmueve, que asusta, haya triunfado ante un público harto del cine banal que estaba viendo”.

¿Y qué va a pasar con Amenábar?

“Sale de esta experiencia mucho más fuerte”, dice Bovaira. “Psicológicamente más preparado para superar presiones. Los otros ha sido un camino iniciático. Ahora tiene dos opciones: hacer como Billy Wilder y abrazar la cultura americana para trabajar allí, o como Rossellini, que hizo su carrera en Europa respetado por Hollywood. Creo que elegirá su modelo, el modelo Amenábar, y que todo dependerá de la historia que quiera contar”. “Con 29 años ha triunfado en su tercera película en el mercado americano”, dice Cuerda, “y todo sin renunciar a su estilo. Eso no lo consiguió ni Hitchcock, ni Truffaut, ni siquiera Orson Welles. Tiene temple y talento, es pragmático y conecta con el tiempo. Tiene la suerte que se merece”. ●



Las discusiones entre Amenábar y Cruise acababan con un “OK. This is your movie”

ACCIÓN. Con la candidatura a 15 premios Goya y la muy posible opción de Nicole Kidman al Globo de Oro, antesala de los Oscar, puede llegar la cosecha de premios para ‘Los otros’ y para Amenábar.